



Once cortos para mi amante psicópata y alguna noche cualquiera | Orit Kruglanski y Roberto Soto

Once cortos para mi amante psicópata y alguna noche cualquiera

Orit Kruglanski

Roberto Soto

Once cortos para mi amante psicópata y alguna noche cualquiera

Textos: Orit Kruglanski

Dibujos: Roberto Soto

Agradecimientos: Romy Achituv, Boaz Rossano, Rachel Ramras, Gloria Melich, Jordi Casellas, Floh Huss, y supa Khali y I'Erika

Se permite el uso libre del material para fines no comerciales bajo la siguiente licencia de Creative commons



reconocimiento-no comercial-compartir bajo la misma licencia 2.5 españa.

Once cortos para mi amante psicópata y alguna noche cualquiera

1.

Apoya sus pechos de queso fresco, aún mojados con agua salada, en la mesa alta de la cocina. Tiene las piernas larguísimas, larguísimas y sin huesos; terminan enrolladas en tres anillos, como crema dulce en forma de cuerda. Erecta y majestuosa, los dientes de su culo muerden fuerte el asiento del taburete. Él hunde su dedo en un pecho firme, frío, abre túneles hacia el centro. Quita con los dientes un trozo del otro. Ella recoge con la lengua saliva que ha dejado caer. Dulce. Moja el suelo. Cuidado, dice él, cayendo.

Él se mete una pierna blanda y lisa en la boca, la chupa entera como un espagueti gordo, sus labios dibujan un collar alrededor del muslo. La pierna se estira en su interior, se endurece, aprieta, presionando hacia fuera, llenándolo; los dedos de ella se meten dentro de los de él, jugando como un guante. La otra pierna se tensa en el suelo, cola de reptil. Él rompe su corteza y frota las manos contra los pulmones, flores cálidas, que se abren al sentir su áspera piel. Ella abre más las piernas y acoge entre labios su cabeza angular, hasta el cuello. Con la frente él empuja y hace derramar el aceite.

2.

Apoya sus codos en la mesa alta de la cocina. Él descansa la frente entre sus piernas y mira hacia dentro, un ojo a medio cerrar, párpados pesados rozando los labios. Ella acaricia su pelo negro con alas cansadas. La mirada la penetra, paciente, repetida, la hace temblar. Pasea los dedos delicados de las cosas por su espalda. Ella estira una pierna, tensando la cuerda. Con su mano izquierda él la besa profundamente, con la otra aprieta la mejilla contra sus pechos, echando miel. La piel se abre como una boca, dejando escapar un suspiro de aire que retenía. Su cara se hunde en la carne cálida, sorprendida, palabras dulces ahogadas en el laberinto pulmonar. Ella cicatriza lentamente, atrapándolo dentro. La pierna se relaja; pisa cerezas.







3.

La apoya contra la pared negra y cierra la puerta. Le levanta la falda y se agacha, la cara a la altura de su culo blanqueso. Dos manos ávidas se acercan al montón de ella; todo él se estremece con las puntas de los dedos a punto de tocarla, de ser tocados por ella, de amasar su arena caliente de playa, excavar los túneles más profundos. A punto pero sin tocar, sin amasar, sin excavar, sin llegar siquiera, codiciosos, hambrientos, los dedos se desprenden, se caen, se dispersan por el suelo cerca de las plantas de los pies. Débiles gusanos aún se retuercen, desesperados, aún intentan llegar. Se lame las calvas palmas de sus manos, pasa su lengua sobre la línea de la vida, nota la sensibilidad de la piel, seca y deseosa a la vez, la forma cuadrada del contorno perfecto, la superficie intacta donde antes había dedos. Las manos mojadas gravitan hacia las nalgas para hundirse en ellas, hacer vibrar la carne blanda, olas en el mar. Se acercan lentamente, sintiendo el calor de ella, el campo invisible que la rodea, la promesa de gozo que define el contorno de ella, los límites de ella, el aire denso de fruta en el momento antes de morderla, con su jugo dulce a punto de derramarse. No llegan a tocar. Las palmas se desprenden, caen al suelo, casi a rozar de los talones, y rápidamente se marchitan. Él rodea los pilares firmes de sus muslos con los muñones, sin tocar.

Acerca su cara a la raja, sin tocar. Dispara la lengua. Ella suspira con el impacto. La lengua se desliza rápidamente, se alinea con la raja, rellenándola desde su principio. Baja con ella hasta el punto de acceso. Áspera y gruesa, la lengua entra, invade. Ella tuerce sus ojos bonitos para intentar ver, amenaza con los pequeños dientes afilados de su coño. Pero ya es tarde, la lengua se lanza hacia arriba, flexible y endurecida, determinada, larguísima. Ella se apoya pesadamente contra la pared, hunde una mano en su apertura para atrapar a la invasora. La agarra, pero la lengua es más fuerte, la arrastra con ella, y la carne traga su brazo entero. Persistente, la lengua pasa por las entrañas, da la vuelta a las costillas, se mete en el cuello, e irrumpe en la boca. Fuerza los dientes apretados, y sale por la boca, lamiendo los labios dulces, los ojos bonitos, sorprendidos, se mete en las orejas y en la nariz, después vuelve a meterse en la boca, pasando por los labios que ahora tiemblan, busca la otra lengua y la arranca. Se desliza rápidamente con su presa hacia abajo y sale. El cuerpo blando, vaciado de lengua, se desploma invertebrado, arrugado, en el suelo frío, aún echando trocitos de mar.

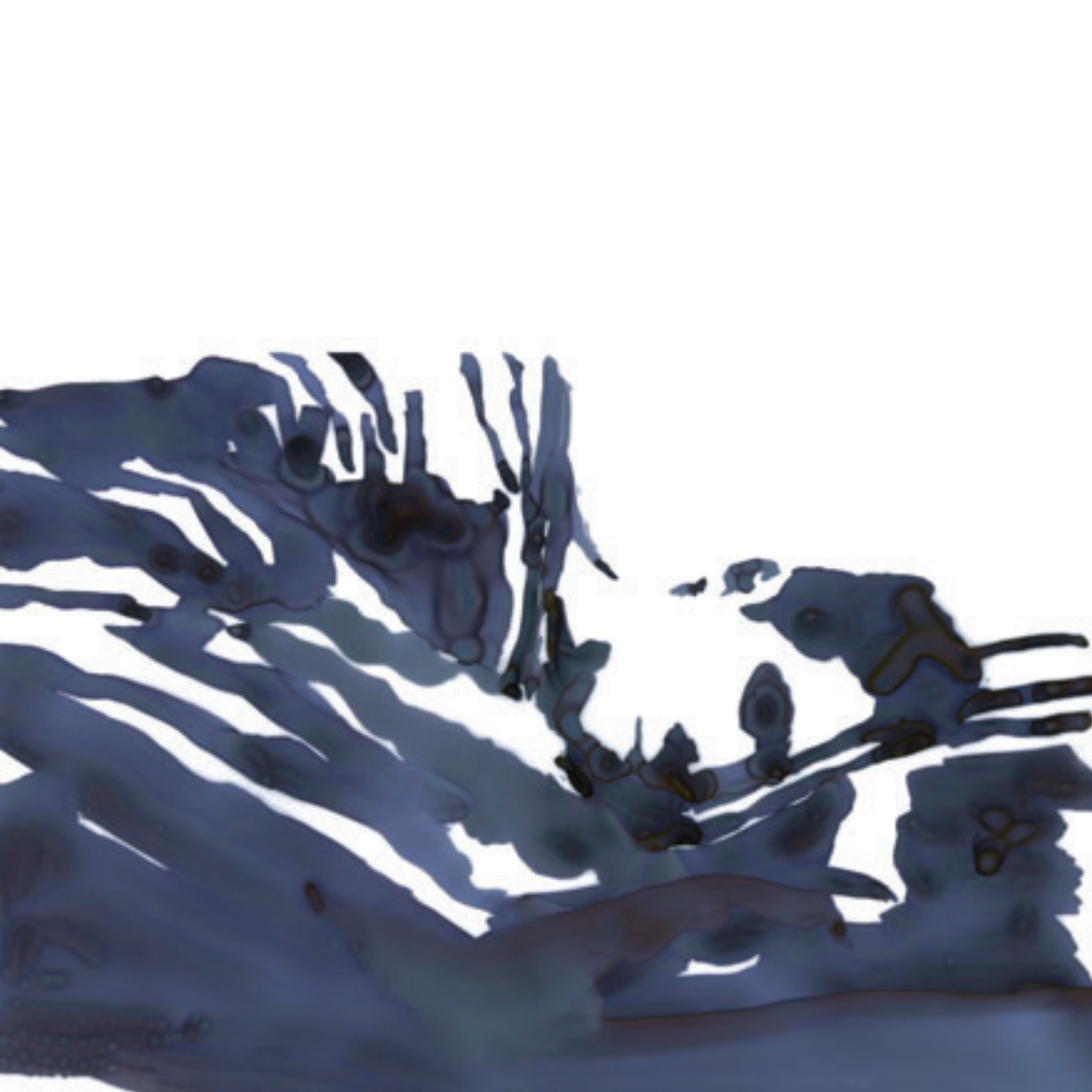
4.

Duerme de lado, sus rodillas encajadas en las de ella, sus ojos cerrados apuntando hacia la pared. Su pene dormido descansa entre los muslos de ella, se estira un poco con el roce y entra en el campo del radar. Suena la alarma. Los ojos de la piel se abren con un click mecánico, escanean su forma. Ella saca la pequeña lengua de su coño para investigar, la estira pero no llega. Se lame los labios, intenta llegar otra vez pero el pene se queda justo fuera de su alcance. Frustrada, se muerde el clítoris hinchado, tenso, hace chirriar los dientes angulares de su coño. Con los labios apretados, aspira fuerte, succiona el aire hasta que el pene llega y entra, lo chupa y traga hasta que los labios topan con su bajo vientre. Aspira más fuerte, más, insiste, sí, aspira fuerte, el cuerpo entero se dobla hacia atrás por las caderas y se mete poco a poco dentro de ella. Él se despierta, asustado, intenta agarrarse a algo, con las dos manos se aferra a los pelos, al clítoris. Ella se mueve en sueños, frotándose con fuerza contra el cuerpo que pasa entre sus piernas, echando lava dulce, resbaladiza. Él intenta detenerse inútilmente, clava uñas y dientes en las arenas movedizas, lucha, salvaje, hasta quedar sin fuerzas. El calor mojado lo envuelve, denso, en una confusión de sentidos, olores, caricias, se pierde, se rinde, último trago de aire, abre la boca demasiado tarde.

La boca se encuentra con una pared húmeda, interna. Ella lo aprieta en su útero flexible, un placer insoportable. Él pasa su lengua por la oscuridad, el sabor dulce a ella se mezcla con la sal de su propio sudor. Con los labios contra la pared, succiona, atrayendo el útero hacia el interior de su boca. Chupa con fuerza, la pared se estira, el útero va entrando en la boca, volteándose hasta que ella se gira entera del revés y queda contenida en su propio útero. Ayudándose con las manos, él se mete la bola entera en la boca, la pasea de lado a lado, la hunde en saliva, la deshace con la lengua, hasta que queda solo el centro, un clítoris, aún palpitando. Lo aprieta con la lengua y la boca se le llena de líquido. Traga, pero el clítoris se engancha entre los dientes y echa una pequeña raíz.

5.

Tiene la cabeza recostada en la mesa alta de la cocina. Ella posa ligeramente su mano delicada entre los cabellos negros. Saca una aguja y cose con movimientos meticulosos los dedos al cuero cabelludo. Él tiene la boca llena de cadenas pesadas de metal que intenta tragar. Tintinean contra la mesa cuando relaja la mandíbula. Debajo de la mesa ella acerca un pie descalzo para rozarle la pierna. Al tocar la piel espinosa se le descose el costado del pie. Enseguida empieza a perder su relleno de arena. Intenta llegar con la aguja pero el hilo es demasiado corto. La arena blanca y fina se acumula en un montoncito que crece rápidamente. Con su mano libre le separa los dientes y le mete el brazo entero en la boca buscando algo para parar el escape. Saca cadenas, candados, cerraduras, cerrojos, llaves y un corazoncito oxidado de hojalata, medio doblado. Se corta con la punta de hojalata y la arena se le escapa por el dedo también. Pierde fuerza. el brazo, ahora vacío, permanece inerte en la boca de él. Él busca los pechos sin abrir los ojos. Los botones de plástico de los pezones se calientan brevemente quemando el hilo que los aguantaba. Caen en la arena acumulada en el suelo frío. Despreocupado, él los busca con los dedos de los pies durante un momento. Después dibuja en la arena un círculo torcido. Saca una moneda y la tira tres veces, las tres veces sale cruz.



6.

La apoya contra la pared blanca de la cocina y la penetra. Entra repetidas veces incrementando la fuerza hasta que la levanta un poco del suelo y la clava a la pared, sujeta por el pene enganchado al tabique. Sus pies, de puntillas, llegan casi al suelo. Los agita levemente para ver si llega o tal vez por placer. Él le muerde el cuello para inmovilizarla, y con una mano lame su espina dorsal. La saliva ácida ablanda la piel. Le introduce la otra mano entre las nalgas y sube, cortando con precisión la capa exterior hasta la nuca. Mete las dos manos entre piel y carne, separándolas un poco. Acaricia la carne misma, pasando los dedos sobre el culo, las caderas, cogiendo el contenido húmedo y caliente de los pechos en sus manos secas. Mete los dedos pequeños en la piel levantada de los pezones. Lleva un dedo hacia la boca de ella y se lo deja chupar envuelto de pezón. La succión estira la piel y la apertura de la espalda se hace más grande. Él saca una mano para tirarle del pelo, estirándole la cabeza hacia arriba. Aliviadas, las vértebras se descomprimen, la carne se expande, descompactada. Con la otra mano él la remueve, sacando trozos y tirándolos al suelo. Ella se retuerce, convulsa, y él se corre manchando la pared. Se queda laxa, la piel le cuelga ancha, abierta. él mueve la carne, haciéndose sitio, mete las piernas en las de ella estirando la piel y las

separa un poco, buscando equilibrio. Introduce la cabeza en la apertura a la altura de la nuca y la pasa por dentro hasta que su cara se encaja en la de ella. Saca la lengua y la pasa por los labios dulces de ella. Se los come y deja salir los suyos por el agujero en la cara. Mete el dedo índice en los ojos y los saca con cuidado, dejándolos sobre la mesa, su azul improbable mirándole la espalda. Hace fuerza con la frente hasta que sus ojos salen de las órbitas de ella y se ponen en su sitio. Contempla la pared un momento. Mete los brazos en la piel que les corresponde. Se sacude un poquito para ajustarse la nueva piel. Mete las manos por última vez en la apertura de la espalda, coloca el pene dentro del labio derecho de su vagina. Se lame los dedos y sella el tajo de la espalda con saliva pegajosa, alisando bien la piel. Se toca las tetas. Son grandes y tiernas, le dan placer. Se frota contra la pared fría y nota como se moja por dentro. Sonríe. Recoge la carne que sobró y la guarda dentro de la nevera en un táper. Con un trapo húmedo limpia las manchas. Los ojos azules le siguen desde la mesa. Coge un ojo en la boca. Está muy salado. Lo escupe con disgusto. El ojo que queda le mira con una expresión difícil de interpretar.

7.

Están sentados a la mesa alta de la cocina. Ella habla, sus piernas flexibles juegan en el agua como dos serpientes: se muerden una a la otra, se hacen nudos y trenzas entre sí. Una se desliza hacia las piernas de él y se envuelve alrededor de ellas, la otra se ata a la pata del taburete. Empiezan a tirar hacia abajo. Él sonríe, tenso, e intenta mantenerse sentado. Ella sigue hablando. Él se agarra a la tabla de la mesa justo a tiempo, cuando el taburete gira sobre una pata y cae salpicando agua alrededor. Ella se queda callada, desconcertada, le ofrece una mano delicada de ayuda. Él coge la mano, casi aplasta los dedos suaves en su desesperación. La fuerza invisible sigue tirándolo hacia abajo. La marea sube, el agua llega ahora a cubrir el taburete. Se acerca una tormenta. Empieza a caer una lluvia torrencial, nubes bajas ocultan la lámpara de la cocina. La presión hacia abajo aumenta, los dedos mojados resbalan, sueltan la mesa, él no suelta la mano delicada de ella y los dos son arrojados al agua fría. Al pasar, ella limpia la mesa con su cuerpo, tirando los platos, el aceite, la sal, la pimienta negra, blanca y el pimentón en botecitos de vidrio, arrastra con ella el taburete, aún enganchado a su pierna. Un rayo. Un trueno. Ella se aferra a él, asustada, con su brazo libre y la pierna del taburete. Pesa mucho. Entre eso y la fuerza que lo tira hacia abajo, empiezan a hundirse. Ella intenta decir algo, algo dulce de despedida, tal vez, pero el agua se le mete en la boca y sólo le salen burbujas.

Aún está intentándolo cuando otro rayo parte en dos la mesa alta de la cocina, que flota, veloz, con la corriente y le da un golpe fuerte en la cabeza. Ella pierde el conocimiento. El agua sigue subiendo. Ella pesa mucho. Se van a ahogar. El viento abre de golpe la puerta de la nevera, arrojando al agua queso fresco, embutidos, leche caducada, mermelada de tres tipos y pan envuelto en papel. Suben y bajan con las olas. Él se cansa de luchar, se aferra al mármol, no podrá aguantar mucho más.

De repente, todo se acaba. La fuerza que lo jalaba hacia las profundidades se afloja, el viento y la lluvia paran. Se encuentra con agua hasta las rodillas, agotado pero a salvo. Se libera del abrazo asfixiante de ella y la apoya contra el mármol. Se da cuenta de que no respira. Le abre la boca con un beso tierno, mete la lengua y nota algo que obstruye sus vías respiratorias. En un movimiento hábil desencaja el corazón. Lo tira al suelo y la vuelve a besar. Ella abre los ojos y sonríe, confundida. Él desengancha el taburete y la levanta sin esfuerzo. Con ella en brazos, sale de la cocina y apaga la luz.

En la oscuridad, el corazón tirado se levanta, suspira, se limpia un poco, y lentamente se pone en marcha.





8.

Ella duerme entre sueños predadores. Lucha para escaparse y sólo consigue enredarse más en telaraña fantasmal. Él llega tarde, acaricia su pelo. Ella abre su boca para gritar. Cogiendo su cabeza entre las piernas, él introduce el pene en su boca. Con una mano rápida le pega los párpados a las cejas con un trozo de celo. Los fantasmas se transparentan por un instante y ella ve su placer a través de ellos. Se pasa la lengua de terciopelo mojado por la boca, agarra fuerte con sus dientes blandos, con sus labios manchados. El pene crece, llena la boca, se endurece, pesa, tira hacia dentro, y esta dureza se extiende por el cuerpo entero, invade la pelvis, paraliza las piernas, congela los músculos en tensión, a punto de reventar e inmóvil, piedra pesada que cae hacia dentro sin poderse mover. Ella se agita en sueños, ojos abiertos, intenta liberarse forcejeando inútilmente con la telaraña pegajosa, aprieta los labios aguantando el peso muerto del cuerpo de él. Él mueve un brazo con dificultad, lo mete entre las piernas de ella buscando la llave, sus dedos se enredan entre las cuerdas, ella se contrae, empieza a temblar. Él consigue mover el otro brazo, lo mete dentro, busca las cuerdas con los alicates. Las cuerdas tensas saltan al tocar el metal afilado.

Con cada cuerda cortada ella se afloja, quedan distendidos los dedos, los brazos, los hombros, los músculos sobrecargados de angustia, el cuello, y por último los labios, que permanecen entreabiertos alrededor de él. Con dos movimientos ligeros él se corre. El líquido forma un lago blanco y tranquilo con barquitos de vela y labios pálidos alrededor; la parálisis deja su cuerpo. Él estira su brazo hacia el interior, ya no encuentra ninguna resistencia. Agarra las costillas con sus dedos fuertes y las quiebra, saca los huesos rotos con cuidado. Ahora ella está completamente blanda, toda teta. Él la coge entre sus brazos, amontonando la carne como una almohada. Hunde su cara en el cuerpo calentito, y se queda dormido chupando un pezón.

9.

Él coge su mano y la guía hacia el pene. Ella sonríe, toca. El pene titilea entre sólido y líquido, como un objeto teletransportado a un lugar con poca cobertura. Él junta sus labios con los de ella, siguiendo meticulosamente la línea torcida de la sonrisa, y abre las dos bocas. Las lenguas se encuentran, se lamen y se empujan, borrachas con saliva, contra las paredes de una boca o la otra. Alrededor de las lenguas las salivas se cuajan en un pegamento poderoso, creando un sólido semitransparente que llena las dos bocas. Él intenta expulsarlo, lo empuja hacia las profundidades de la garganta de ella.

El pene se endurece, le empuja a ella hacia atrás, alejando los cuerpos uno del otro. Les obliga a inclinarse en una reverencia. Ella levanta una pierna y la baja con un movimiento circular entre los cuerpos, sacando el pene del medio y cruzándose las piernas. Él tuerce el cuello girándola para ponerse detrás de ella, su sudor cristalizado vuela como mil pedazos de vidrio roto. Ella dobla las rodillas y salta, levantándolo a él también. En la altura máxima del salto flexiona su pierna hacia atrás y le da una patada en el centro del pecho que lo echa a volar a una velocidad altísima para estallar contra la pared, tirando de las dos lenguas de una manera peligrosa, pero al fin, arrancándole el objeto de la boca. Ella aterriza de puntillas. La lengua le cuelga, seca, entre los pechos, por el peso del objeto. Éste brilla un momento con luz apagada como una joya de plástico de máquina, luego se cae.



10.

Le pasa el dedo por debajo de una teta, dibujando un arco que llega hasta el centro del pecho. La piel gastada de este punto se desintegra con el tacto y abre camino al vacío hambriento que ella contenía. Un viento fuerte hacia su interior se traga enseguida la sábana blanca, las dos almohadas blancas, una camiseta blanca y un calzoncillo demasiado apretado de tres colores. Él intenta salvar el calzoncillo pero el viento salvaje lo despeina como un erizo, dejándolo momentáneamente fuera de combate, peligrosamente cerca. El viento atrapa su mejilla derecha, que desaparece en el agujero, haciendo de tapón. Lentamente, él gira la cara hasta cubrir el agujero con su boca, rodeándolo con los labios. Con la fuerza de su mente consigue repeinarse. Su mejilla derecha, en cambio, le queda colgada como un testículo viejo. Saca la lengua y lame los bordes del agujero, la pasa por la pared interior del tórax. Ella le aprieta la cabeza contra su cuerpo, envolviéndola con tiernos pechos que se le meten en las orejas, los pezones emitiendo un ligero zumbido hipnótico. Le mete los dedos entre los cabellos negros, traspasa la piel y los hunde en el cerebro blando. Lo peina, desenredándolo; estimula conexiones sinápticas olvidadas. Él se maravilla, cierra los ojos, sus párpados raspando el cuerpo de ella le llenan de asombro. Sumerge la mano en el coño, lo exprime; es esponjoso y maleable, sus dedos se despiertan en una infinidad de puntos sensibles, mágicos.

Ella levanta las piernas como una gimnasta, dobla las rodillas llevándolas hacia ella hasta pasarlas por el agujero de su pecho y por la boca de él. Las va bajando poco a poco hacia el agua. En la oscuridad interna, el agua parece negra y tranquila. Ella la toca con las puntillas. Un frescor y un peso, el agua se absorbe rápidamente, viajando hacia arriba, mojando el azúcar que aguanta un instante en su forma de cuerpo, luego se desliza, casi líquido, hacia el fondo. Él nota como los pechos grandes revientan como burbujas de jabón. Empuja su mano por dentro de ella hacia arriba, hasta la cabeza, la coge como un títere y aprieta los labios contra los suyos, en un beso urgente. La lengua de ella se deshace sobre la suya con un dulce espeso, cariñoso, que lo deja solo, lamiéndose los dedos.

11.

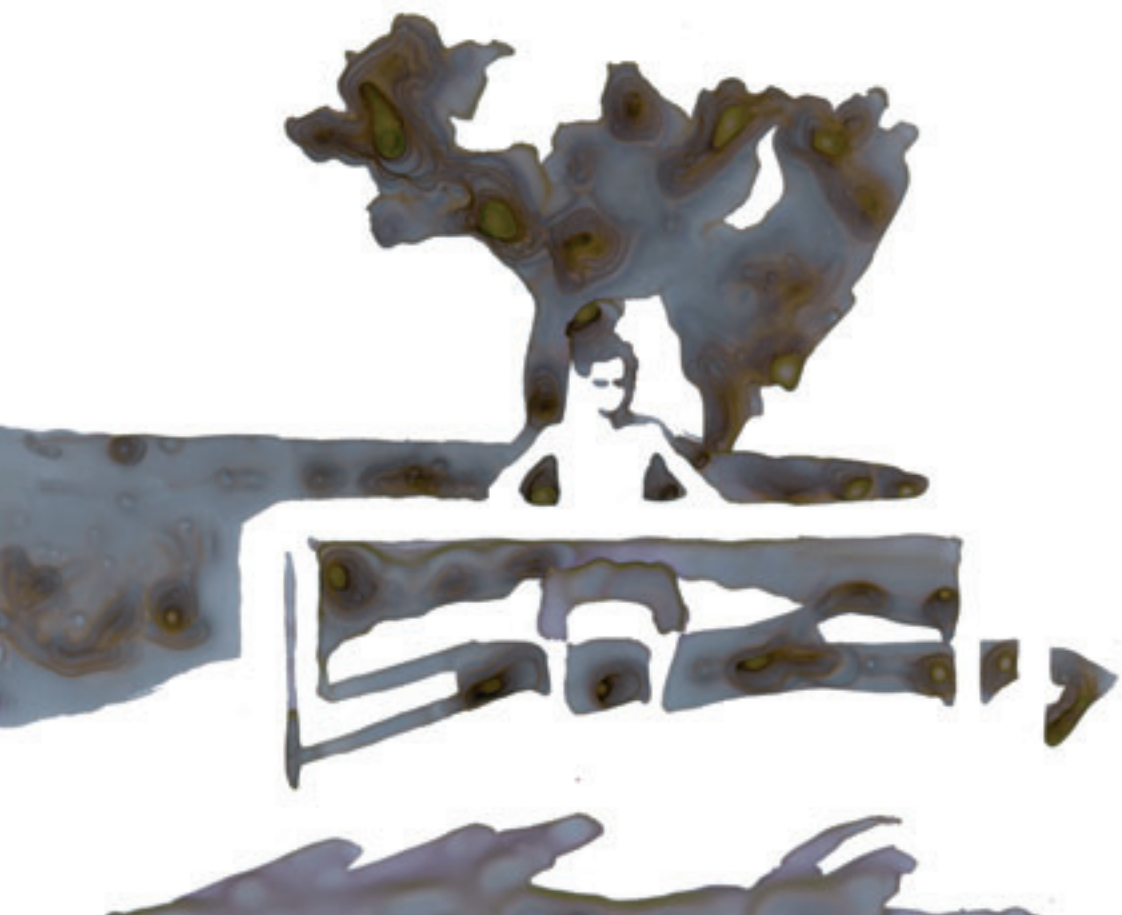
Ella recuesta la cabeza sobre su pecho desnudo, descansa los dedos sobre el valle desértico que se le extiende entre la pierna y el bajo vientre. Sus piernas dibujan un ángulo recto alrededor de las rodillas de él. Él sostiene un pecho en la palma de su mano. Los pétalos amarillos se separan un poco, dejando ver los caminos delicados. Con los dedos de la otra mano le toma el tobillo, conteniéndolo en un perfecto abrazo diminuto.

El sol se pone, y en su lugar la habitación se llena de un liquido espeso. En la viscosidad creciente, ella aún dobla los dedos del pie hacia atrás para un último beso, lentamente. Lentamente, él separa los labios. El liquido le entra por la boca, llenándolo, como un bálsamo. Da el relevo a los músculos de la mandíbula de su tarea interminable, alivia la lengua de su propio peso. Hace flotar los órganos internos, cansados, en procesos irreversibles de deterioro. Los rodea e inmoviliza.

Entre los dedos de él y el tobillo de ella, un recuerdo vivo y animal se reúne, comienza a arder. El liquido lo apaga.









No me ahogues, dice, sabes que tengo claustrofobia. Ella se ríe y lo agarra, abrazándolo fuerte, aplastando su cuerpo contra el de él.

Cuando era pequeño, dice, me hacían dormir la siesta con mi prima.

Ya lo sé, lo interrumpe, me lo has contado mil veces.

Mi prima siempre enredaba sus brazos y sus piernas con las mías mientras dormía, yo le daba patadas y le pegaba puñetazos, pero no me soltaba, tenía la sensación de que me ahogaba y le pegaba con todas mis fuerzas, hasta que al final venía mi madre para acostarse entre los dos.

Cuando dice mi madre una sensación de tranquilidad inmensa y maternal llena el espacio entre su prima imaginada y él.

Ella ahoga su enfado y se ríe, traviesa.

Para, dice él, has desordenado las sábanas. Se levanta para arreglarlas. Ella se estira en su lado de la cama como una niña buena, recta; deja que la sábana se extienda cubriéndole la cara. Cuando está lista para tensarse debajo del colchón, ella empieza a bailar con los dedos de los pies.

Para, le dice, un poco de seriedad.

Ella para, y él contempla con satisfacción la cama ordenada. Levanta su lado de la sábana

y se estira en su lado de la cama, completamente recto, los brazos relajados y extendidos alineados con el cuerpo. Ella lo asalta entre risas y lo abraza fuerte.

Basta, dice, ¿por qué sigues si sabes que me molesta?

Tú siempre lo haces, dice ella, ofendida, siempre que te das cuenta de que algo me molesta lo haces más veces para ver si consigues molestarme de verdad.

¿Por ejemplo?

No me acuerdo ahora. Se enfada con ella misma, sabe que es así pero no se le ocurre ningún ejemplo.

Él viene en su ayuda, le gusta discutir y le gusta tener la razón pero no quiere una victoria fácil. Por ejemplo, dice, cuando te imito.

Por ejemplo, asiente ella. Pero no tiene ganas de hablar más. Se ha puesto triste. Vencida. Se acuesta en su lado, no lo toca más. Él pregunta qué pasa. No le responde. La toca. No se mueve. Toca sus pechos. Mete la mano en sus bragas. La verdad es que ella pensaba que esta noche no, que está demasiado cansado, el largo viaje de tren y el día en el trabajo. Se pregunta si lo había pensado antes o si tiene algo que ver con la discusión. Él le coge la mano y le deja sentir su erección. Ella la imagina en la oscuridad. Él se quita la camiseta, arrastra suavemente el cuerpo de ella y le acerca la cabeza al pene. Ella lo toma en su boca.

Piensa que al fin y al cabo, la culpa la tiene ella, y no tiene por qué castigarlo porque ella esperara otra cosa, otro trato, cosas que jamas han sido así. Después él la acuesta boca arriba, y aún con su decisión de no castigarle, ella permanece en silencio hasta que el primer suspiro se le escapa entre los labios un poco a su pesar.

Cuando acaban no lo abraza con todas sus fuerzas, no besa su cuerpo amado, que le hace sentir tan bien. Se estira recta en su lado de la cama. Él se vuelve a poner la camiseta y se estira, recto, en su lado de la cama. Le coge la mano entre los dos cuerpos como si estuvieran paseando. Cuando pasean, nunca lo hace. Ella deja su mano en la de él, él la aprieta cada poco, mandando, parece, un mensaje en morse. Ella no lo entiende.

Da igual. Aprieta también. Parece que es así como se quedan dormidos. Durante la noche él se pone de lado y la abraza. Ella piensa que en sueños él la quiere, aunque nunca está segura de si sabe que es ella. Duerme medio despierta, pero le parece que de repente él enreda sus piernas con las de ella como un pulpo, de esa manera que tanto le molesta, como su prima. Ella se llena de una ternura imposible y tal vez hasta le dice que le quiere, aunque no esté segura. Después, y eso sí lo recuerda perfectamente, le llena de besos el cuello, y el cuello de la camiseta. Duermen, como siempre, abrazados, y van cambiando de lado, juntándose y separándose como las olas del mar.



*

“¿Vas a llorar?” dice. Lo parece bastante. Los globos de los ojos se le salen de las órbitas, el peso del agua salada los tira hacia abajo, deformándolos. Descansan ligeramente sobre los pinchos afilados de sus pestañas. Están a punto de explotar. Ella intenta no pestañear y mira fijamente algún punto en el aire que no la entristezca. El aire melancólico traga el punto y se abalanza sobre ella. El metal frío de las pestañas traspasa la capa exterior de los globos y estos se rompen, derramando agua. Se oxida en seguida y los ojos rotos, vacíos, buscan en el aire otro punto. Él se acerca y la abraza con una ternura que le quema la piel plástica y le derrite la capa esponjosa de debajo, inscribiendo en su cuerpo un cauce seco en forma de abrazo. Mira su mecanismo expuesto, intrincado. Está hecho de un metal tierno. Pasa la lengua sobre los engranajes diminutos, las piezas brillantes entrelazadas que la conforman. No lo entiende. Son dulces y se oscurecen al contacto con la lengua ácida. Ella sigue con el dedo el camino que él traza. Se corta con una pieza afilada. Mete la otra mano debajo de la capa esponjosa, buscando algo. Con un tirón fuerte se desenchufa. Se queda quieta un momento, el mecanismo se para con un suspiro, después se desploma. Él la arrastra por el pelo en la arena caliente. La arena, acostumbrada, traga las huellas en seguida.

*

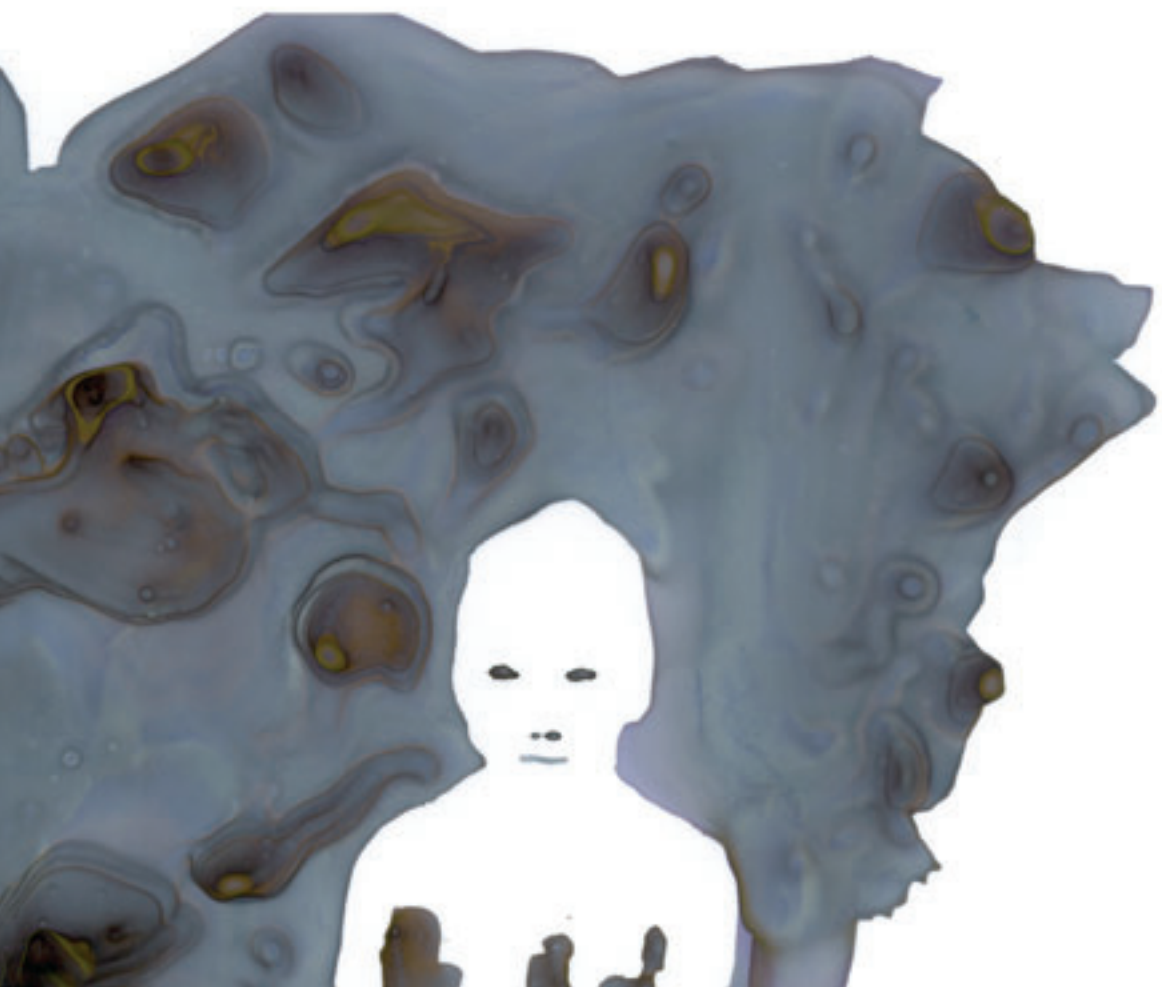
Lejos de la verdad, él le hunde un dedo frío en el lado derecho de la espalda, unos diez centímetros y medio debajo de la cintura. La carne se aparta como el miedo, dejando un túnel firme, ligeramente inclinado hacia abajo. Él aprieta un poco, buscando, en vano, el punto exacto. El punto exacto vibra, burlándose de él. Él la mantiene estable con la otra mano, e introduce con fuerza el dedo hasta el fondo, hasta donde los músculos se enredan para crear un nudo; los separa, escavando capas fibrosas de músculo seco, quebradizo, aliviando su carga. Con la palma de la otra mano la empuja por el pecho hacia atrás, equilibrándola sobre el dedo. Lo tensa y releja, alternando un dolor delicado con un respiro breve. Se estira para lamerle el cuello, morderle los pechos, chupar sus propios dedos salivando enérgicamente. Un pequeño reguero pasa entre los montículos de teta formados entre los dedos que los aplastan. Él curva su cuello para captar el líquido con sus labios, pero el líquido corre hacia abajo, mojándoles los pies. Se llena la boca de formas, redondo redondo, elíptico, curvado, todo lo blando que le cabe ahí. Se embriaga con el color, con la suavidad.

Ella se muta en silencio. La carne de la espalda se le encoje alrededor del dedo, formando una corteza dura que lo aprieta. Ella gira rápidamente unos 87 grados; el dedo se rompe con un crujido, se separa de su cuerpo anterior. Ella termina la vuelta lentamente. Besa los ojos tibios de él, la boca entreabierta, siente una ola de ternura que acelera su respiración. Dentro de ella, el dedo late en silencio con el ritmo desfasado de otro corazón.

*

Con un impulso tímido, ella le coge la mano entre sus dedos delicados a la vez que da una patada fuerte a la mentira debajo de la mesa. La mano de ella está fría y perfumada, lo aprieta, insinuante, le corta la circulación. Él sonrío, tensando más músculos de la cuenta. Ella se quita un zapato y busca con el pie las piernas de él. Encuentra algo peludo y lo acaricia durante un rato, hasta darse cuenta de que es la mentira que se había refugiado entre el mantel y el pantalón, dos telas que por desgracia se parecen mucho. Tira el cigarrillo que está fumando y aplasta la mentira con su pie calzado, manteniendo su postura elegante. La mentira abre sus ojos tristes con dolor. Busca refugio en el zapato vacío. Es muy estrecho y bastante empinado, pero la mentira se encoje un poco y consigue ponerse toda a salvo, menos su cola multicolor que llega hasta los zapatos de él y traza una línea que divide la zona debajo de la mesa exactamente en dos. Ella vuelve a intentar la maniobra con el pie, esta vez encontrando su objetivo. Acaricia con asco la tela, los dedos hipersensibles de su pie notan las rayas horizontales despreciables. Él también se arrepiente mucho de su elección de traje. Por un milisegundo mágico sus pensamientos coinciden perfectamente en la certeza de que cuanto antes se quite el traje, mejor. Ella deja su mano y levanta la copa hasta sus labios pintados

de un rojo alarmante. Una gota de vino se pierde por el camino y desciende por su canalillo blanquísimo, él la sigue con la mirada. Una erección repentina levanta la pierna que tiene cruzada sobre la otra y su rodilla golpea la mesa por debajo volcando las copas y causándole un dolor que desinfla la erección irremediamente. Descruza las piernas y pisa la cola de la mentira. Ésta se despierta de mal humor. Él mira la mesa, avergonzado, hace un cálculo rápido de probabilidades. No hay tiempo que perder. Tira un tenedor y baja a buscarlo. Con la desafortunada coincidencia de telas, el mantel es su aliado, lo camufla perfectamente. Busca con una mano la mentira para tranquilizarla, con la otra manipula los botones del traje para quitárselo. La mentira ronronea de placer. Él la mira, se da cuenta de que le gusta mucho. Es calentita y flexible, tiene ojos grandes y azules y no tiene boca. Sin el traje se siente más libre, de hecho no tiene ganas de volver. Se queda ahí, tendido en calzoncillos jugando con la mentira hasta que nota que la silla de ella se aparta de la mesa, y sus piernas se retiran. Las mira desde su escondite mientras se alejan con velocidad.







Una sensación que le ha quedado después, una tensión eléctrica o una onda expansiva, lleva las palabras que guardaba en su cuerpo al precipicio de los labios. Duda un instante, luego dice: “Te he echado de menos.”

Le está abrazando por la espalda, esconde su cara en ella cuando él no dice nada. Como si no la hubiera oído.

Un hilo largo arrastra más palabras tras el peso de las primeras.

“Dime algo bonito”

Al cabo de un silencio él dice: “¿En qué piensas?”

“Dime algo bonito”, repite ella, casi inaudible.

“¿Como qué?”

“Dime que me quieres.”

”Te quiero”, dice.

Ella se echa a reír una risa que no es la suya, exactamente. Tampoco es del todo sin alegría. Se ríe durante un rato. “Ya sé que me quieres”

De verdad que lo sabe. Él apaga la luz y se queda dormido. Cambian de lado y ahora él la abraza, pecho contra espalda, la mano sobre su vientre. Ella arrima sus nalgas a él, siente su bajo vientre, el sueño del pene, dulce y blando. Se refriega contra él un poquito y él la regaña, pensando que quiere más amor. “Quieta”, dice. Se queda quieta.

Nota, entonces, como unas caricias suaves en la parte baja de la espalda, el aleteo de una mariposa grande y luminosa. Ella abandona los cálculos complicados que estaba repasando en la oscuridad y escucha. Él duerme, su vientre sube y baja con la respiración.

